

La regla de la vigésima persona

Al llegar frente a la casa, he notado el olor a estofado de crema. Yo venía pensando en el joven. Se trata de un joven muchacho al que he conocido hoy. Ha sido un encuentro de lo más curioso. Por lo visto, me ha considerado su «vigésima persona».

Ha sido al regresar de la biblioteca de enfrente de la estación cuando he oído que me llamaba. Primero se ha dirigido a mí con un simple «¡Hola!». A una edad como la mía, no es raro que algunos individuos traten de captar tu atención de esa manera, con el propósito de engañar y desplumar en el sitio a cualquier anciano. Aunque nunca bajo la guardia por eso mismo, la forma de llamarme del joven me ha resultado muy agradable por alguna razón, así que he mirado hacia atrás y le he correspondido con otro «¡Hola!».

—Ya estoy en casa —digo asomándome a la cocina antes de subir a mi cuarto.

—¡Hoy cenamos estofado de crema! —mi hija Sakiko, que estaba picando algo sobre la tabla de cortar, se da la vuelta y me recibe con una dulce sonrisa. De niña nos dio muchas preocupaciones a su madre y a mí, siempre tan delgaducha por mucho que le diéramos de comer. En cambio, ahora que se acerca a los cincuenta, da gusto verla tan bien alimentada: el cuerpo no le desaprovecha ni una sola comida.

—Sí, ya me he dado cuenta por el olor.

—Es que a ti te encanta el estofado de crema, ¿verdad, papá?

Esbozo una leve sonrisa. Cuando me pregunta si me apetece darme un baño antes de la cena, le respondo que todavía prefiero esperar un poco. Hoy me he parado a hablar con aquel joven, y por eso he llegado a casa un poco más tarde de lo habitual.

Sakiko es mi única hija. Está casada con Yosuke. Hace unos seis meses me dejaron venirme a vivir con ellos en esta casa unifamiliar que compraron en un barrio periférico de Tokio. Me invitaron a mudarme alegando que ya tengo una edad y les preocupaba que siguiera viviendo solo. Así que mi casa de Sendai ahora la tengo puesta en venta. Como me está costando encontrar un comprador, supongo que al final tendré que rebajar el precio; en todo caso, de lo que gane con la venta, guardaré una pequeña parte para mis gastos personales y el resto se lo daré todo a ellos.

Me dejan quedarme en una habitación con suelo de tatami en el piso de arriba, que apenas mide unos siete metros cuadrados. Enfrente, separado por el pasillo, está el cuarto de mi nieto, Natsuo. Por la música que llega desde allí, imagino que hoy ya está en casa. Natsuo tiene dieciocho años. Como no ha podido entrar en la universidad que escogió como primera opción, tras empezar el curso estuvo todo el mes de abril de bastante mal humor. Sin embargo, de mayo a esta parte se ha venido animando. Esa personalidad sencilla y cristalina la debe de haber sacado de su padre. A pesar de su timidez, también tiene un punto cariñoso, por eso creo que es buen chico y se ha criado bien, teniendo en cuenta los tiempos que corren.

Cuando entro en mi habitación, le oigo bajar un poco el volumen de la música. Esa es la manera particular que tiene mi nieto de darme la bienvenida cuando vuelvo a casa.

Como no tengo nada que hacer en mi cuarto, me dispongo a bajar al salón, pero antes de eso sube Sakiko para avisarme de que ha llamado Yosuke. Parece ser que hoy volverá pronto y podremos cenar todos juntos por primera vez desde hace tiempo. Entonces me pregunta: «¿Te importaría esperar, quizás una media hora?», y yo acepto de buena gana. Ya que tengo que esperar, decido aprovechar para bañarme.

El momento es perfecto. Antes de la cena, puedo reflexionar sobre lo que me ha pasado con el joven. Metido en la bañera, rememoro su aspecto. Al principio me había parecido que podía ser un estudiante de bachillerato, pero mientras hablaba con él supe que tenía veintidós o veintitrés años. Quizás parecía más joven por ese carácter afable con el que se dirigía a las personas. Exhibía una belleza masculina de las de antaño, con cierto parecido al galán Keiji Sada en su juventud, pero me dio la impresión de que no era del tipo que suele gustar a las muchachas de hoy en día.

El joven me preguntó si podía dedicarle algo de mi tiempo. Vaya, vaya... al final resultará que quiere venderme algo, o quizás meterme en algún asunto religioso, pensé, pero de todas formas decidí pasar un rato con él. Como hoy no había podido sacar de la biblioteca el libro que había ido a buscar, porque estaban reservados todos los ejemplares, y me sentía un poco hastiado, se me ocurrió que estaría bien entretenerme tomándole el pelo a este jovencito. Según cómo fuera la cosa, incluso era posible que pudiera guiarlo para que anduviese por el buen camino.

El joven me condujo hasta una cafetería que hay dentro de los grandes almacenes frente a la estación. Yo ya había estado ahí una vez. Se supone que este barrio pertenece a la metrópolis de Tokio, pero aun así no hay muchas cafeterías. O más bien, unas cuantas sí que hay, pero ninguna entre ellas que sirva un buen café... uno como el que tenían en aquella que tanto frecuentábamos mi mujer y yo cuando vivíamos en Sendai. En la segunda planta de estos grandes almacenes, entre tiendas de ropa que se alineaban una junto a otra, de repente aparecía en un rincón, como salida de la nada, esta cafetería cuya singular presencia me había empujado en su día a cruzar su puerta con gran expectativa. Pese a ello, el sabor del café me había resultado de lo más decepcionante. Sin embargo, hoy no había venido por el café, así que seguí los deseos del joven sin protestar.

Ambos pedimos café solo. Yo me incliné por la recomendación del día, un Kilimanjaro, y él escogió un Blue Mountain (en un sitio como este, elegir una marca de grano tan cara es como tirar el dinero, le dije para mis adentros). Ninguno de los dos abrió la boca hasta que nos trajeron el café. Yo consideraba que el joven debía ser el primero en hablar, pero él parecía estar cavilando cómo iniciar la conversación. Cuando llegaron las bebidas, le di un pequeño sorbo a mi taza y con gesto irritado lo apremié:

—¿Y bien?

Fue entonces cuando el joven lo dijo:

—Usted es mi vigésima persona.

—¿Has dicho «*mi* vigésima persona»?

—Eso es. Llevo tiempo contando a mis veinte personas, ¿sabe? Desde que cumplí los veinte años. Y hoy por fin he encontrado a mi vigésima persona. Es usted.

Ahora era yo el que me había quedado sin saber qué decir. No pude más que fruncir el ceño una vez más. A ver si al final, tal como había sospechado, lo que pretendía era que me uniese a un grupo religioso. En todo caso, me apetecía mucho oír la continuación de su historia.

—Existe una cosa llamada «la regla de la vigésima persona» —aseguró el joven.

Cuando me visto y salgo del baño, se abre la puerta de la entrada y aparece Yosuke de vuelta del trabajo. Le doy la bienvenida. Me devuelve el saludo. Luego se excusa por haberse retrasado tanto, mientras hace leves reverencias y alza una mano en señal de

disculpa. Aunque sus gestos sean cómicos, yo sé muy bien que cuando este hombre pide perdón lo hace de todo corazón. Mi hija ha sabido escoger un buen compañero, a medida de sí misma.

Esperamos a Natsuo, que baja por fin después de que su madre lo llame hasta en tres ocasiones, y empezamos a cenar. Sobre la mesa, junto a la humeante olla de estofado de crema, hay dispuestos una ensalada de tomates con queso, una cosa que parece salteado de hojas verdes y un plato de tallos de ruibarbo de ciénaga cocidos a fuego lento.

El mantel es de tela blanca con estampados de color anaranjado, negro y azul celeste sucio, que parecen dibujar espigas de arroz. Pienso que debe de ser recién comprado, pero también me da la sensación de que ya lo había visto antes... muchísimo antes, en la casa de Sendai, cuando aún vivía mi esposa. Es posible que Sakiko se lo quedara cuando me ayudó a vaciar la casa y que ahora lo siga usando.

Yosuke me llena el vaso de cerveza y Sakiko me sirve el estofado de crema. Los únicos que tomamos alcohol somos Yosuke y yo. Sakiko señala la ensalada de tomates y nos asegura que el queso *mozzarella* está de lo más lo rico, así que yo mismo me pongo un poco en un platito aparte.

—¿Qué tal?

—Está bueno, sí.

—¿Verdad que lo está? Lo he pedido por internet. Es una *mozzarella* que hacen en Hokkaido. Y el estofado, ¿qué te parece?

Acto seguido me llevo una cucharada de estofado a la boca y repito mi frase: «Está bueno».

—A mí también me parece que está bueno, pero nunca me sale tan rico como el de mamá... Bueno, no es que este sea peor, pero le noto algo distinto. ¿A ti no te parece, papá?

Antes de que yo pueda articular una respuesta, habla Yosuke:

—Ni que el estofado de crema fuera tan complicado...

—Precisamente por su sencillez se nota tanto la diferencia —Sakiko le responde con tono condescendiente y Yosuke le da la razón de inmediato, completamente convencido. Igual que yo, no es de los que muestran interés en la comida. Ella, en cambio, ha heredado la pasión de su madre.

—Debe de ser por la manera de cocer la harina cuando preparo la base para la salsa... Sí, estoy segura de que es algo así.

—Anda, la base no la haces con una mezcla instantánea...

El desafortunado comentario de Yosuke es el mismo que pronuncié yo en su momento. Sakiko arquea las cejas y le responde con el mismo lamento resignado que en su día me dedicó mi mujer.

Se me escapa una sonrisa amarga, pero no es por Yosuke. Lo que ocurre es que el estofado de crema, en realidad, nunca ha sido especialmente mi comida favorita. Más bien, era el plato predilecto de mi esposa, aunque yo creo que más que comérselo lo que le gustaba era cocinarlo. Cada vez que lo preparaba, me preguntaba: «¿Qué tal me ha salido hoy?», y como yo le contestaba que bien, que muy bueno, para cuando quise darme cuenta, toda la familia ya lo consideraba mi comida preferida.

—La verdad es que el estofado de crema también está bueno, ¿eh? —Natsuo interviene, quizás porque ha pensado que es mejor que él también diga algo—. Pero claro, a mí me gusta mucho más el curry...

Sakiko suelta el mismo lamento resignado de antes, si bien en la forma de hacerlo transpira el cariño que siente por quienes somos su familia. Yo me siento aliviado, aunque al mismo tiempo pienso en cómo me gustaría poder expresarme igual que mi nieto.

—¿Y usted, suegro, hoy también ha ido a la biblioteca? —Yosuke intenta ser amable dándome conversación.

—La verdad es que sí —le respondo.

Sin embargo, como hablarle del libro que no he podido sacar en préstamo no tendría ningún interés, prefiero contarle lo del joven:

—Hoy me ha pasado una cosa de lo más curiosa. Me han invitado a participar en algo llamado «la regla de la vigésima persona».

La regla consistía en ir contando hasta veinte cada vez que vieras a alguien que te pareciera *especial*, allá por donde fueras; al llegar a la vigésima persona, tenías que entablar conversación con ella y entonces le pasabas el relevo. Eso es lo que me había explicado el joven.

—¿A qué te refieres con alguien que me parezca *especial*? —fue lo primero que le pregunté. En la cafetería sonaba una versión instrumental a piano de *Yesterday*.

—Alguien que le haya llamado la atención. O que despierte su curiosidad. Alguien que usted piense que debe contar. Literalmente, una persona que le parezca *especial*, ¿entiende? Pero siempre tiene que ser un desconocido. No se puede elegir a familiares ni amigos. Y tampoco a gente famosa. Imagine que alguien le llama la atención por ser famoso y se da cuenta después: en ese caso, debe descontar del cómputo a esa persona.

—¿Y a las primeras diecinueve personas no se les dice nada?

—No. Usted las va contando para sí mismo. A todas menos a la número veinte.

—¿Me quieres decir que hasta ahora tú también has estado contando a diecinueve personas de esa manera?

—Exacto. A mí me lo explicaron y me pasaron el relevo cuando tenía veinte años, así que he tardado tres años en hacer mi elección.

—¡Tres años!

—No hay un periodo establecido. Puede contar veinte personas en una semana, o puede hacerlo en un día. También puede elegir a diecinueve personas en un día y luego dedicar un año entero, tranquilamente, a escoger quién será la última.

Mezclando las mismas preguntas que sucesivamente le hice al joven y también las respuestas que él me dio, se lo voy explicando todo a mi familia, sentada alrededor de la mesa. Considero que mis explicaciones son bastante buenas y recogen todos los puntos más importantes.

—Hmm... Me suena a algún rollo religioso... —dice para sí Yosuke cuando ya he terminado de contarles casi todo. Como si me invitara a seguir bebiendo, inclina la botella haciendo ademán de rellenarme el vaso, pero yo lo rechazo negando con la cabeza. Aunque nunca me ha desagradado la bebida, mi cuerpo no tolera bien el alcohol. Por eso, últimamente me conformo con parar tras la primera copa, suficiente para abrir el apetito.

—Yo también lo he pensado al principio, ¿eh? Pero no es un tema religioso, se trata de un juego.

—Aun en ese caso, quizás sería mejor que no se involucrara usted... en ese tipo de cosas.

—Pero si no hay ningún peligro... El individuo al que he conocido hoy no me ha preguntado ni cómo me llamo ni dónde vivo. Y además seré yo mismo quien decida si quiero participar o no en la regla de la vigésima persona —respondo mientras me doy

cuenta de que no había pensado en el nombre del joven.

—Hace tiempo hubo algo parecido, ¿verdad que sí? Las cartas de la infelicidad. Tenías que copiar el mismo mensaje y enviárselo a veinte personas. Si no lo hacías, serías infeliz para siempre. Yo seguí la cadena, ¿sabéis?

¡Anda, es verdad! Yo también lo recuerdo. Cuando le llegó la carta a Sakiko, ella tendría unos seis o siete años. Al intentar convencerla de que no debía enviar ese tipo de mensajes, que lo único que iba a conseguir era molestar a quienes los recibieran, había roto a llorar diciendo que no quería ser infeliz. Después, mi esposa me había reprendido alegando que deberíamos dejar que la niña hiciera lo que prefiriese. Fue ya de noche, cuando estábamos los dos solos en nuestro dormitorio. Mientras me reñía, iba cambiando las fundas de las almohadas. El motivo de florecillas azules que tenían es algo que todavía recuerdo con suma claridad.

—¿Y no eran diez personas en lugar de veinte? En cualquier caso, a quién se le ocurre tener que escribir veinte cartas, menudo esfuerzo... —después de referirse así a las cartas de la infelicidad, Yosuke se dirige a mí para inquirirme—: ¿Por qué lo suyo son veinte personas? O sea, la regla para decidir a quién se le pasa el testigo...

Su pregunta me pilló por sorpresa. ¿Por qué son veinte? Ni se me había ocurrido pensarlo... ¿Cómo debería responder?

—Bueno, desde luego más fácil que escribir cartas es. Al menos hasta la decimonovena persona. Basta con que uno lleve la cuenta para sí mismo —acierto a decir.

—Y también se pueden hacer trampas... —interviene Natsuo.

—A lo mejor la primera persona que lo empezó todo quería celebrar su vigésimo cumpleaños... ¿No podría ser algo así? —ante esta sugerencia de Sakiko, Yosuke le da la razón de inmediato, completamente convencido.

Después de *Yesterday* suena *The Sound of Silence*.

Me refiero al hilo musical de la cafetería. Ambas eran canciones de mi agrado, incluso tuve los discos de vinilo y, en el caso de Simon & Garfunkel, también había comprado el CD. Sin embargo, cuando solo toman prestada la melodía para convertir el original en un tachín, tachán de piano... no sé por qué pero me resulta insoportable. La vez anterior, cuando había decidido no volver a pisar este lugar, no fue solo por el sabor

del café, sino también por culpa de la música.

—Soy consciente de que es una propuesta extraña —me aseguró el joven, quizás porque había notado una leve expresión de desaliento en mi rostro.

—Dime, muchacho... ¿tú por qué motivo te decidiste a participar en esto de la regla de la vigésima persona? —le hice esta pregunta con la intención de mostrarle mi interés por seguir con la conversación.

—Porque cuando me invitaron a hacerlo era justo el día de mi vigésimo cumpleaños.

¡Ahí está! Eso es lo que había contestado el joven. Tal como había intuido Sakiko respecto del inventor de la regla.

—Fue una señora de unos cuarenta años quien se dirigió a mí. Me hizo mucha ilusión, ¿sabe?, que alguien me hubiera escogido como su vigésima persona...

—Y sobre esa mujer... ¿no pensaste que podía estar mal de la cabeza o mintiéndote a propósito? —al igual que tú podrías estar haciendo conmigo, añadí para mis adentros.

—Bueno, uno se da cuenta de ese tipo de cosas, ¿no cree? Por las expresiones o la manera de hablar de la otra persona... Se puede notar que no está mintiendo ni inventando fantasías. Además, la verdad, aunque así fuera, pensé que no me importaría. Al final, es cuestión de cada uno decidir si prefiere creer o no creer.

Al joven le resplandecía la mirada mientras yo pensaba qué tipo de fundamento podía constituir algo así a la hora de formarse un juicio.

—Solo me queda preguntarte por qué me has elegido a mí. ¿Qué es lo que tiene un vejete como yo que te haya llamado la atención?

—Pues que me la ha llamado y ya está, ¡son cosas que pasan! —el joven se rio suavemente y yo, dejándome llevar, hice lo mismo. Me pareció una buena respuesta. La elección no dependía de las virtudes o méritos que se tuvieran o de la presencia que uno emanase. En mi caso, dio la casualidad de que yo simplemente estaba allí. Supongo que sí, que eso fue todo.

—Yo ya he escogido a mi primera persona —les digo.

—¿Y cómo era?

—Era una niña... de unos trece años —comienzo a responder la pregunta de Sakiko,

pero por algún motivo me cuesta formarme una imagen en la mente. Puede que sea porque me encuentro algo cansado después de haber estado tanto tiempo hablando. Utilizo la cuchara para sacar un trozo de pollo de mi plato de estofado de crema y luego lo devuelvo a su sitio. Aunque antes he pensado que esta *nunca ha sido especialmente mi comida favorita*, ahora me doy cuenta de que en realidad *no me gusta casi nada*.

—Ha entrado en la cafetería, cuando el joven y yo todavía estábamos dentro. Venía con su madre...

—Pero a la madre no la has contado...

—A esa quién la va a querer contar —la dificultad para formarme una imagen en la mente enrudece mi lenguaje y Natsuo levanta la vista con un leve gesto de sorpresa.

—¡Un momento! Ha dicho que estuvo en la cafetería de la segunda planta, ¿verdad, suegro? —interviene Yosuke, que después de la cerveza ha pasado a darle al sake. Hay que ver cómo hasta un estofado de crema le sirve para empinar el codo.

—Eso he dicho. La cafetería pequeña que hay en una esquina de la segunda planta en los grandes almacenes de enfrente de la estación. Una birria de sitio, la verdad.

—Ya, ¿pero no la cerraron hace poco y ahora han puesto una tienda de todo a cien yenes en su lugar?

Entonces me doy cuenta. Si no es para ir a la cafetería, a mí no se me ha perdido nada en esos grandes almacenes pensados para la gente joven. Por eso hacía tiempo que no iba. Ahora lo veo claro.

No se me ocurre cómo debería responder, así que me limito a dejar caer la vista sobre mi plato de estofado.

—Papá, ¿quieres que te lo caliente en una cazuela?

Cuando alzo los ojos y miro a Sakiko, reparo en el hecho de que ella, mi hija, ya estaba al tanto de lo que ocurre desde casi el principio. Y no solo mi hija, sino también mi nieto, que siempre se da cuenta de todo. Además no se trata solo de esta vez: estoy seguro de que todas las noches, cuando escuchan mis historias, entienden perfectamente lo que está ocurriendo.

—¿Tengo razón o no? —Yosuke, todavía asaltado por la duda, recurre a su esposa y a su hijo en busca de aprobación. Es obvio que no tiene ninguna intención de llevarme la contraria para dejarme en mal lugar. Simplemente, él no ha tenido tantas ocasiones

como Sakiko y Natsuo de compartir mesa conmigo durante la hora de la cena. Eso es lo que pasa.

—Me debo de haber confundido —pronuncio con un hilo de voz.

—Papá, ¿no se te ha enfriado ya el estofado? —insiste Sakiko, como para impedir que Yosuke pueda seguir preguntando.

—No, no, está bien. Me lo termino así.

Vuelvo a llenar de estofado la cuchara sopera. Natsuo musita unas palabras de gratitud por la comida y se levanta de la silla. Seguramente el chico tampoco sabe cómo reaccionar y por eso se escabulle de esta situación. En cuanto a Yosuke, todavía tiene cara de no entender bien lo que está ocurriendo.

A decir verdad, detesto el estofado de crema. ¡Me conformaría con que me asaran un poco de salmón salado bien sabroso! Me da la sensación de que este es un buen momento para decirlo, incluso pienso que soy capaz de hacerlo. Sin embargo, al final no digo nada y procedo a masticar afanosamente la carne de pollo, ahora tibia y desabrida.

[Texto original: *Nijūninme rūru*, de INOUE Areno (Asahi Bunko, 2016)]